

L. Rubio Parrado

**PRESENTE Y FUTURO
DE NUESTROS
SEMINARIOS MAYORES**

Jornadas de estudios

Avila, 11-16 de mayo de 1970

INFORME

I.—Este fue el título de las convivencias celebradas por los educadores de seminarios mayores de España. Título muy ambicioso sobre todo en cuanto se refiere al futuro. El tiempo corre tan aprisa que es muy difícil, por no decir imposible, programar algo para el futuro. Es otra de tantas limitaciones que a los educadores nos hace ser humildes y conformarnos con poco para no tener que sufrir decepciones continuadas.

El Secretariado Nacional de Seminarios y Universidades viene organizando estas jornadas ya de tiempo atrás. Con el nombre de Asambleas de Rectores han ido rodando por la historia de nuestros últimos años. De seguir esa cronología ésta sería la XI Asamblea. Pero dejémoslo en jornadas de estudio.

Más de un centenar de educadores de seminarios mayores, catorce religiosos invitados por el Secretariado y los obispos de la comisión fuimos los asistentes habituales de estas jornadas. Muchos clergymans, algunas corbatas, y muy pocas sotanas.

El programa de nuestra actividad estaba dividido más que por días, por temas de estudio. Prácticamente se desarrolló con arreglo al siguiente reparto:

— Planteamiento ideológico y metodología de las jornadas.

JOSÉ LUIS BARRIGÓS

TEMA I.—Elementos esenciales del sacerdocio ministerial del Nuevo Testamento.

URBANO BARRIENTOS

TEMA II.—Formas vitales de realizar hoy el sacerdocio ministerial.

FERNANDO URBINA

TEMA III, a).—Formación pastoral del aspirante al sacerdocio ministerial.

ANTONIO DORADO

TEMA III, b).—Madurez psicológica del futuro sacerdote ministerial.

PEDRO PÉREZ GARCÍA

TEMA III, c).—Formación religiosa del aspirante al sacerdocio ministerial.

JUAN MARÍA URIARTE

TEMA IV.—Posibles modalidades concretas de formación para el ministerio sacerdotal.

RAFAEL GARDE

Y comenzamos nuestra tarea. El Director del Secretariado, después de darnos la bienvenida, trató de centrar el tema y la metodología de estas jornadas. Cada tema iría precedido de una exposición, se trataría por grupos y habría un resumen del ponente y una puesta en común al final de cada tema.

En la sala seguía latiendo el respirar joven de la reunión de seminaristas celebrada unos meses antes. Algunas ponencias y sus moderadores eran los mismos (Seminarios 39 [1969] 539-557).

Parte de nuestra situación vocacional que define como situación de crisis: crisis sacerdotal y crisis vocacional dentro del seminario. Por esto, nos invita a «arrancar de estas premisas» en las jornadas de estudio. Y desde ellas caminar. Caminar con lo que tenemos. Sin negar los hechos, dar luz en lo que podemos. Intentar superar la problemática. Arriesgar en propuestas a la luz de la fe.

II.—Las reuniones de estudio tenían siempre consciente o inconscientemente un doble telón de fondo: los resultados de la encuesta realizada anteriormente a los seminaristas y la nueva Ratio Fundamental^{is} Institutionis Sacerdotalis, de reciente aparición. La primera parte se encargaba de hacérnosla presente el mismo Director

de la Oficina de Estadística de la Iglesia al principio de las sesiones de trabajo. Las derivaciones hacia la Ratio eran necesarias y continuas. También conocíamos los educadores los resultados de las reuniones de seminaristas y llevábamos en nuestras carpetas las conclusiones que unos días antes —tal vez demasiado aprisa— habían elaborado.

La situación concreta de nuestros seminarios mayores ofrece un aspecto multicolor rico y diverso que va desde los colores más fuertes del internado homogéneo hasta las tonalidades más difuminadas, fruto de la mezcla de todos los coloridos elementales y secundarios.

Sin embargo existen unas coordenadas constantes a las que nos iremos refiriendo a lo largo de todo el informe. Y hay ya unos centros de atracción geográfica que si bien no pueden definirse como «polos de desarrollo vocacional», bien puede decirse que van convirtiéndose en centros de reunión de seminarios, colegios mayores... Pensemos en Granada, Madrid, Salamanca...

En las primeras jornadas de trabajo, la asamblea caminaba despacio, lenta; desbrozar nuevamente temas tan complejos como los presentados por Barrientos o Fernando Urbina cansa a quienes estamos más avezados a manejar horarios y grupos dinámicos de juventud. Pero los temas merecían la pena y no se podían pasar por alto. Merecía la pena ir despacio.

No obstante las sesiones de trabajo y las reuniones colectivas seguían pesando, las cifras y los tantos por cientos parece que nos fatigaban y al mismo tiempo nos llevaban a una salida previamente preparada y única. Y aquí la asamblea hizo su crisis. Fue precisamente tratando el tema de Dorado. No por el tema. Fue el momento que tenía que darse. El valor que se daba a los números, la no fiabilidad de ellos por parte de algunos, el pensar que muchos de los que contestaron las encuestas ya no eran realmente seminaristas y cuando la hicieron tal vez no lo eran afectivamente, hacía dudar de los tantos por cientos y de los porcentajes. Todo esto unido al ritmo lento de estas primeras jornadas produjo un momento de confusión colectiva.

Pero el momento se superó. El director del secretariado y los moderadores de grupo revisaron la metodología y seguimos adelante.

El tiempo corría más aprisa que nuestro lento discurrir y en una sola tarde tuvimos que tratar —mejor, escuchar— las ponencias de Uriarte y de Pedro Pérez García. La conferencia sobre la madurez psicológica nos vino muy bien para recordar o aprender y tal vez, como apuntó alguno de los mayores, para darnos cuenta de que «estábamos aún verdes» en nuestro madurar personal y colectivo.

Uriarte traía su conferencia perfectamente preparada y nos vino bien en aquella tarde para deleitarnos escuchando su armonioso castellano aunque con algún acento norteño. Tan preparada la traía y tanto nos regalaba con sus palabras que había ratos que nos quedábamos únicamente prendidos de sus construcciones gramaticales prescindiendo del contenido.

Tal vez la ponencia más esperada y que todos deseábamos que llegara fue la de Garde. Teníamos ganas de pisar tierra y Garde nos dio andadura para mucho tiempo. Jugando entre lo ideal y lo posible; dentro de las líneas generales de la *Ratio* y dejando abierta siempre la puerta de la iniciativa hizo desfilar ante nosotros una verdadera caravana de posibilidades en todos los campos de la formación.

III.—Aunque cargadas de matices regionales y locales, podíamos reducir a las siguientes coordenadas el sentir de la Asamblea:

A) Si se admite una pluralidad de formas sacerdotales, hemos de admitir también un pluralismo formativo. Pluralismo ideológico y pluralismo práctico. Si se habla y se admite un sacerdote teólogo, pastor, docente..., no cabe duda que sobre unos conocimientos básicos comunes, se impone al menos un pluralismo pedagógico a la hora de prepararlos directamente para el ministerio. Siempre adaptado a nuestra escala nacional y diocesana.

B) Estas últimas palabras podían ser la segunda coordenada que se repitió con cierta insistencia. Esa adaptación en el tiempo y en el espacio. No dar saltos bruscos. No tomar lo que otros tienen sólo porque lo tienen, les va bien y nosotros no lo tenemos. No podemos quitar una estructura para meternos colectivamente en otra.

A los seminaristas les pasa lo que nos ocurre a los jóvenes; que aunque entendemos muchas cosas no llegamos a «comprenderlas» hasta que no las experimentamos en nuestra propia carne. Habrá seminaristas que tendrán que pasar por paisajes que otros ya tienen superados. A la sensibilidad de los educadores corresponde ver cómo se da ese paso. Volvemos a repetir: adaptación en el tiempo y en el espacio. No tienen el mismo clima las regiones costeras que las planicies castellanas. Y sería peligroso querer hacer una mezcla de semillas y de plantas.

C) Se insistió una vez más y de forma muy concreta en la formación pastoral: formación y acción pastoral. Una instrucción seria, un estudio profundo de la teología pastoral y posibilitar la acción pastoral, sobre todo insertándola en la pastoral diocesana, aprovechando momentos fuertes..., etc.

D) La separación del seminario centro docente y el seminario lugar de residencia. Se repitieron muchas veces las expresiones que ya conocíamos desde las reuniones de Coire, Metz, etc. El seminario es un tiempo y no un espacio. El seminario internado homogéneo ya no se defiende. Naturalmente siempre nos referimos al sentir comunitario de los asistentes a las reuniones.

E) El seminarista debe ser un militante cristiano. Y mientras no haya dado pruebas de que es capaz de asumir las exigencias evangélicas y actuar con un compromiso definido, no debe ser admitido en el seminario mayor. Estas responsabilidades apostólicas fomentan y garantizan a un tiempo la existencia de un compromiso cristiano militante.

F) Admitiendo que el alumno, al final de sus estudios medios, no tiene una madurez psicológica ni religiosa suficiente, se insistió mucho en la conveniencia de la etapa intermedia. Tal vez fue uno de los puntos en que se insistió con más profundidad.

Madurar su personalidad en un ambiente no condicionado por nada.

Exigirles un compromiso humano, un compromiso de fe, un compromiso en su opción vocacional y un compromiso de vida laboral y profesional.

También tratando de este punto concreto de la etapa intermedia, se habló insistentemente del pluralismo de formas. Estudios, trabajo...

G) Una llamada especial mereció la necesidad de crear con seriedad y con todos los medios necesarios los centros de orientación vocacional dependientes del secretariado diocesano de pastoral vocacional. Estos centros deben proporcionar a los chicos los medios comunes para poder encontrar un ambiente de libertad y orientación a la hora de una opción profesional, una vez terminados los estudios medios. La diócesis montaría estos centros y los ofrecería, pero no ayudaría directamente en lo económico, ya que es educativo el que cada muchacho sepa buscarse y ganarse los medios necesarios.

La organización de esta etapa correría a cargo del secretariado de vocaciones a través de los mismos superiores del seminario mayor. Estos se encargarían del montaje de cursillos, charlas, revisiones y cuantos medios se creyera oportuno adoptar.

Al final de esta etapa —pluralista en las formas y en el tiempo— serían también los superiores del seminario mayor quienes admitieran al candidato para su incorporación a los estudios «estrictamente sacerdotales».

H) Volviendo al apartado anterior se insistió mucho en las relaciones Diócesis-Seminario; en la necesidad de hacer una pastoral vocacional; la relación del seminario con el consejo pastoral y con el mismo presbiterio diocesano.

I) Finalmente se insistió abundantemente en la idea de que, aun existiendo pluralismo de formas educativas, hubiera siempre un equipo unificador y responsable de todas esas experiencias y modalidades. Ese grupo sería el equipo moderador de todas las formas de seminario.

IV.—Aunque no llegó a redactarse un elenco de peticiones formales por parte de los asistentes, sí que fueron surgiendo a lo largo de las jornadas de estudio una serie de peticiones, sugerencias, deseos más o menos intensos que los asistentes comunicábamos a la comisión de obispos allí presentes. Tal vez podríamos resumirlas en las siguientes, cuyo orden no indica ninguna preferencia ni numérica ni intensiva:

— Organizar seriamente la etapa de maduración —que hemos llamado anteriormente intermedia— antes de empezar los años de formación estrictamente sacerdotal;

— Programar una formación pluralista en lo académico y en lo existencial;

— Promover los diversos cauces de convivencia que posibiliten ese pluralismo;

— Montar los centros de pastoral diocesana de vocaciones con su triple dimensión de promoción, discernimiento y pedagogía vocacional;

— Ir viendo las formas concretas de participación activa de los mismos seminaristas en la organización de la vida del seminario;

— Retrasar la edad de la ordenación sacerdotal;

— Revisar el privilegio de la no asistencia al servicio militar por parte del seminarista, a la hora de revisar el Concordato;

— Estudiar una vez más la convalidación de estudios;

— Montar cursillos monográficos sobre temas de particular interés, como puede ser el de la madurez psicológica de los educandos;

— Adelantar los planes de estudios al menos con carácter indicativo;

— Ver la posibilidad de la existencia en España de al menos alguna facultad de Teología en la misma universidad estatal;

— Organización monográfica de estas mismas jornadas de estudio para educadores de seminarios.

Finalmente el Secretariado presentó el proyecto, que fue aprobado, de la creación de un Consejo permanente del mismo secretariado, que ha de estar formado por los delegados de cada una de las zonas. La votación de estos delegados de zona se realizó en la misma asamblea y se determinaron sus funciones:

— Asesorar sobre servicios que el Secretariado debiera prestar a los seminarios y zonas;

— Asesorar sobre las inquietudes y necesidades que el secretariado debe asumir;

— Posibilitar la actuación a nivel de zona, siendo como un verdadero intermediario entre el organismo nacional y el seminario local.

VII.—Como la mayoría de nuestros lectores conocerán ya el texto de cada una de las ponencias (Cf. Vocaciones, 47-48), cerramos aquí nuestra información. El día 16 de mayo, en pleno mediodía, se clausuraban nuestras jornadas de estudio. Mns. Argaya, Presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, nos despedía con una sarta de frases de Juan XXIII. Caían bien al final de unos días de trabajo, de discusiones, de intentar hacer luz como nos habían dicho al comenzar. Nos dio las gracias y nos echó un piropo (tal vez para que no desfallezamos en nuestros puestos). La última comida juntos fue rápida y con idas y venidas. Los educadores de los seminarios mayores emprendíamos el regreso por todos los caminos de España.

Ahora, a distancia, metidos de lleno en faena y ante la angustia de un curso que se nos va de las manos, volvemos nuestra mirada y nuestro recuerdo a la bendita tierra de Avila. Y no es porque el

final de curso sea doloroso para todo buen educador. Nos vienen a la memoria nombres, sugerencias, intervenciones. Estos nombres y estas jornadas serán lo que en estos meses haga brotar nuevas iniciativas y proyectos.

Mientras tanto seguiremos trabajando y rezando para que siga habiendo en nuestro suelo hombres ilusionados con la difícil tarea de ser pedagogos de quienes serán educadores de la fe, misioneros de esa Iglesia nueva que empezó a alumbrar el Vaticano II y a la que en Avila hemos querido dar un nuevo impulso en este campo concreto de los seminarios.